

Jack London

LA HOGUERA

El día amaneció gris y frío, extremadamente gris y frío, cuando el hombre dejó la ruta principal del Yukón y trepó el alto terraplén, donde un sendero pequeño y apenas visible conducía hacia el este entre los bosques de gruesos abetos. Era una ladera pronunciada y en la cima se detuvo a cobrar aliento, disculpándose a sí mismo el descanso para mirar el reloj. Eran las nueve. No había sol, ni siquiera un indicio del mismo, a pesar de no haber ni una sola nube en el cielo. Era un día despejado y, sin embargo, parecía existir un manto intangible sobre la superficie de las cosas, una tenebrosidad sutil que oscurecía el día, debida a la ausencia de sol. Este hecho no le preocupaba al hombre. Estaba acostumbrado a la falta de sol. Hacía ya días que no veía el sol, y sabía que pasarían unos cuantos más antes de que la alegre esfera, esperada por el sur, se asomase sobre la línea del horizonte y se volvió a perder inmediatamente de vista.

El hombre echó una mirada atrás, al camino por el que había llegado. El Yukón, con una milla de ancho, yacía oculto bajo tres pies de hielo. Sobre este hielo, otros tantos pies de nieve. Todo era de un blanco immaculado, con suaves ondulaciones donde se habían formado las acumulaciones de hielo. De norte a sur, hasta donde alcanzaba la vista, todo era una blancura ininterrumpida, excepto una línea oscura que giraba y se retorció desde la isla cubierta de bosques hacia el sur, y que giraba y se retorció hacia el norte, donde desaparecía tras otra isla cubierta de bosques. Esta línea oscura era la ruta, la ruta principal, que conducía a Chilcoot Pass, Dyea, y el agua salada a lo largo de mil millas; y que conducía hacia el norte, tras setenta millas, a Dawson, y aún más hacia el norte, mil millas hasta Nulato, y finalmente a St. Michael, en el mar de Bering, a mil quinientas más.

Pero todo esto —la misteriosa, prolongada y fina ruta, la falta de sol en el cielo, el frío exagerado, y lo extraño y raro de todo aquello— no impresionó al hombre. No era porque estuviera acostumbrado. Era nuevo en esta tierra, un *chechaquo*, y éste era su primer invierno. Su problema era que carecía de imaginación. Era rápido y agudo para las cosas de la vida, pero sólo para las cosas, no para su significado. Cincuenta grados bajo cero significaban unos ochenta grados bajo el punto de congelación. Tal hecho le impresionaba

por tener frío y estar incómodo, eso era todo. No le inducía a meditar sobre su fragilidad como criatura de sangre caliente, y sobre la fragilidad del hombre en general, capaz de vivir únicamente en unos estrechos límites de frío y calor. Y de aquí no pasó al campo de las conjeturas sobre la inmortalidad y el lugar del hombre en el universo. Cincuenta grados bajo cero significaban una quemadura de hielo que dolía y de la que había que

protegerse con manoplas, orejeras, mocasines calientes y calcetines gruesos. Cincuenta grados bajo cero eran para él precisamente cincuenta grados bajo cero. Que pudieran significar algo más era un pensamiento que nunca pasó por su imaginación.

Al volverse para seguir adelante, escupió meditabundo. Un chasquido agudo y explosivo le sorprendió. Escupió de nuevo. Y de nuevo, en el aire, antes de caer en la nieve, crujió la saliva. Sabía que a cincuenta bajo cero la saliva cruje en la nieve, pero esta saliva había crujió en el aire. Sin duda hacía más de cincuenta bajo cero. No sabía cuánto más. Pero la temperatura no importaba. El se dirigía a una vieja prospección del ramal izquierdo del arroyo Henderson, donde ya esperaban los muchachos. Habían llegado cruzando la divisoria de las tierras del arroyo Indio, mientras él había dado un rodeo para ver las posibilidades de conseguir troncos de las islas del Yukón en la primavera. Llegaría al campamento a las seis. Ya habría oscurecido, es verdad, pero los muchachos estarían allí, el fuego estaría encendido y habrían preparado una cena caliente. En cuanto a la comida, apretó su mano contra un bulto bajo la chaqueta. También se hallaba bajo la camisa, envuelto en un pañuelo junto a la piel desnuda. Era el único modo de evitar que se congelasen las galletas. Se sonrió con satisfacción al pensar en las galletas, abiertas por la mitad y untadas con grasa de tocino, y cada una con una gran loncha de tocino frito dentro.

Se introdujo entre los grandes abetos. El sendero era apenas visible. Un pie de nieve había caído desde que pasara el último trineo, y se alegraba de ir sin trineo, ligero. De hecho, sólo llevaba la comida, envuelta en un pañuelo. Se sorprendió, sin embargo, del frío. Verdaderamente hacía frío, concluyó, mientras se frotaba los entumecidos pómulos y nariz con la mano enguantada. Era un hombre velludo, pero el vello de su cara no le protegía los pómulos salientes ni la ávida nariz que asomaba agresiva en el aire helado.

A los talones del hombre trotaba un perro, un gran perro esquimal, el auténtico perro lobo, de piel gris y sin diferencias visibles o de temperamento con su hermano, el lobo salvaje. El animal se encontraba abrumado por el tremendo frío. Sabía que no hacía tiempo para viajar. Su instinto le contaba una historia más veraz que la que contaba al hombre su propio juicio. En realidad la temperatura no era de unos cuantos grados más por debajo de cincuenta, era de más de sesenta o setenta bajo cero. Era de setenta y cinco bajo cero. Como el punto de congelación está en treinta y dos grados sobre cero, indicaba unos ciento siete grados de congelación. El perro no entendía de termómetros. En su mente posiblemente no existía una

conciencia clara del término «mucho frío», como en la mente del hombre. Pero la bestia tenía su instinto. Sentía un vago y amenazante temor que la subyugaba y la obligaba a arrastrarse a los talones del hombre, y que la hacía cuestionarse anhelante cada movimiento inusitado del hombre, como esperando que fuera al campamento, o que buscara refugio en algún sitio y encendiera una hoguera. El perro había aprendido lo que era el fuego, y lo deseaba, o hundirse bajo la nieve y proteger su propio calor huyendo del aire.

La helada humedad de su respiración se había fijado en la piel en una fina pulverización de escarcha, y especialmente su quijada, hocico y pestañas blanqueaban con el aliento cristalizado. La barba roja del hombre y su bigote estaban igualmente helados, pero más sólidamente, y el depósito adoptaba la forma de hielo y aumentaba con cada exhalación húmeda y caliente. Además, el hombre mascaba tabaco, y el bozal de hielo mantenía sus labios sellados tan rígidamente, que era incapaz de limpiarse la barbilla al escupir el jugo. El resultado era que una barba cristalizada, del color y la solidez del ámbar, aumentaba de longitud sobre su barbilla. Si caía, se rompía como el cristal, en pequeños fragmentos. Pero no le importaba el apéndice. Era el castigo que todos los mascadores de tabaco debían pagar en esas tierras, y ya antes había estado fuera en dos olas de frío. No habían sido tan frías como ésta, lo sabía, pero, por el termómetro de Sesenta Millas, sabía que había registrado cincuenta y cincuenta y cinco bajo cero.

Siguió durante varias millas entre la llana extensión de bosques, cruzó una ancha llanura de matorrales negros y descendió por un terraplén hasta llegar al cauce helado de un arroyo. Era el arroyo Henderson, y sabía que se encontraba a diez millas de la bifurcación. Miró su reloj. Eran las diez. Caminaba a unas cuatro millas por hora, y calculó que llegaría a la bifurcación a las doce y media. Decidió celebrar el suceso almorzando allí.

El perro se pegó de nuevo a sus talones, mostrando su desilusión con el rabo caído, mientras el hombre reanudaba el camino siguiendo el cauce del arroyo. El surco del viejo sendero se distinguía claramente, pero una docena de pulgadas de nieve cubrían las huellas del último trineo. Hacía un mes que ningún hombre había subido ni bajado por ese arroyo silencioso. El hombre siguió adelante con paso regular. No era muy dado a meditar, y en ese momento no tenía otra cosa en qué pensar, excepto que comería en la bifurcación y que a las seis se reuniría en el campamento con los compañeros. No tenía con quién hablar; y, de haberlo tenido, la conversación hubiera sido imposible por el bozal de hielo que le tapaba la boca. Por tanto, continuó mascando tabaco monótonamente e incrementando la barba de ámbar.

De vez en cuando se reiteraba en su mente la idea de que hacía mucho frío, y que nunca había experimentado frío semejante. Mientras caminaba, se frotaba los pómulos y la nariz con el dorso de su mano enguantada. Lo hacía automáticamente, alternando de vez en cuando las manos. Pero frotara como frotara, en el momento en que cesaba, los pómulos se entumecían, y al momento siguiente la nariz. Estaba seguro de que se le helarían las mejillas; lo sabía y sintió una punzada de pesar por no haber ingeniado un antifaz como el que llevaba Bud en las olas de frío. Tal antifaz se cruzaba también sobre las mejillas y las salvaba. Pero no tenía demasiada importancia. Después de todo, ¿qué son unas mejillas heladas? Un poco de dolor, eso es todo; pero nada serio.

Aunque su mente estaba vacía de pensamientos, el hombre era un agudo observador, y notó los cambios en el arroyo, las curvas y meandros y las acumulaciones de troncos, tomando buena nota de dónde ponía los pies. Una vez, al doblar una curva, se detuvo bruscamente, como un caballo espantado, dio un rodeo evitando el sitio por donde había caminado, y retrocedió unos pasos por el sendero. Sabía que el arroyo estaba helado hasta el fondo — ningún arroyo podía contener agua en el invierno ártico—, pero también sabía que había manantiales que manaban de las laderas y corrían bajo la nieve y sobre el hielo del arroyo.

Sabía que las olas más intensas de frío nunca helaban estos manantiales y también conocía su peligro. Eran trampas. Escondían charcas de agua bajo la nieve, que podían tener de tres pulgadas a tres pies de profundidad. A veces estaban cubiertas por una capa de hielo de media pulgada de espesor, que, a su vez, estaba cubierto de nieve. A veces existían capas alternativas de agua y hielo, y, cuando uno caía, seguía bajando por cierto espacio, a veces mojándose hasta la cintura.

Por eso se había detenido con tanto pánico. Había sentido cómo cedía bajo sus pies y había oído el crujido de una capa de hielo cubierta de nieve. Mojarse los pies en este tiempo implicaba problemas y peligro. En el mejor de los casos significaba un retraso, se vería obligado a detenerse y a hacer una hoguera, y, bajo su protección, descalzarse mientras se secaban los calcetines y mocasines. Se detuvo y estudió el cauce del arroyo y sus orillas, y decidió que la corriente de agua venía por la derecha. Reflexionó algún tiempo, frotándose la nariz y los pómulos, y lo bordeó hacia la izquierda, pisando con cautela y probando el terreno a cada pisada. Una vez pasado el peligro, tomó una porción de tabaco y siguió su marcha de cuatro millas por hora.

En el curso de las dos horas siguientes tropezó con varias trampas semejantes. Normalmente, la nieve acumulada sobre las charcas ocultas tenía un aspecto hundido y glaseado, que anunciaba el peligro. En una ocasión, sin embargo, tuvo otro desliz; y una vez, intuyendo el peligro, obligó al perro a avanzar. Éste se negó. Se resistió hasta que el hombre lo empujó hacia adelante, y cruzó rápidamente la blanca e intacta superficie. De

repente, se hundió, volcándose hacia un lado y buscando terreno más firme. Se había mojado las patas delanteras, y casi inmediatamente el agua adherida se convirtió en hielo. Hizo unos esfuerzos apresurados por lamerse el hielo de las patas, se tumbó en la nieve y mordió el que se había formado entre los dedos. Era cuestión de instinto. Permitir que permaneciera el hielo significaba pies doloridos. Él no lo sabía. Simplemente obedecía a un impulso misterioso que se elevaba de lo más recóndito de su ser. Pero el hombre lo sabía, por haberse formado un juicio sobre el tema; se quitó la manopla de la mano derecha y ayudó a arrancar las partículas de hielo. No expuso sus dedos más de un minuto y se sorprendió del entumecimiento tan veloz que los atacó. ¡Vaya si hacía frío! Se puso la manopla con rapidez y golpeó salvajemente la mano contra el pecho.

A las doce, el día había alcanzado su punto más brillante. Pero el sol se encontraba demasiado al sur, en su viaje invernal, para despejar el horizonte. La tierra se interponía entre él y el arroyo Henderson, donde el hombre caminaba bajo un cielo despejado y sin proyectar sombra alguna. A las doce y media en punto llegó a la bifurcación del riachuelo. Estaba satisfecho de la velocidad que llevaba. Si la mantenía, estaría con los muchachos a las seis. Se desabrochó la chaqueta y la camisa y sacó su comida. Esta acción no le llevó más de un cuarto de minuto, y, sin embargo, en ese instante el entumecimiento se apoderó de sus dedos desabrigados. No se puso la manopla de nuevo, sino que se golpeó los dedos una docena de veces contra la pierna. Entonces se sentó a comer en un tronco cubierto de nieve. El dolor que siguió tras golpearse los dedos contra la pierna cesó tan deprisa, que se sorprendió. No había tenido ocasión de morder la galleta. Golpeó los dedos repetidamente y los devolvió a la manopla, descubriendo la otra mano para comer. Intentó dar un bocado, pero se lo impidió el bozal de hielo. Se había olvidado de hacer una hoguera y derretirlo. Se rió de su descuido, y, mientras reía, notó cómo se iba apoderando de sus dedos descubiertos el entumecimiento. También notó que ya estaba pasando el dolor que había llegado a sus pies al sentarse. Se preguntó si los dedos estarían calientes o entumecidos. Los movió dentro del mocasín y decidió que estaban insensibles.

Se enfundó apresuradamente la manopla y se puso en pie. Estaba un poco asustado. Dio unos saltos hasta que el dolor volvió a sus pies. Sí que hace frío, pensó. Aquel hombre de Sulphur Creek había dicho la verdad cuando contó cuánto frío podía llegar a hacer en aquellas tierras. ¡Y pensar que durante todo el tiempo se había reído de él! Eso le

demostraba que uno no debía estar tan seguro de las cosas. No había equivocación posible, hacía frío. Caminó de un lado a otro, saltando y moviendo sus brazos hasta estar seguro del calor que volvía. Sacó las cerillas y procedió a encender una hoguera. Cogió la leña para su hoguera de la maleza, donde las altas aguas de la primavera anterior habían acumulado una provisión de ramas secas. Trabajando cuidadosamente con unos pequeños chisporroteos, pronto tuvo un gran fuego, sobre el que derritió el hielo de su cara y bajo cuya protección se comió las galletas. Por el momento había vencido al frío del exterior. El perro estaba contento con la hoguera, tumbado lo bastante cerca para calentarse, y lo bastante alejado para no quemarse.

Cuando el hombre terminó, llenó su pipa y la fumó sin prisas. Después se enfundó las manoplas, ajustó con firmeza las orejeras de su gorro y tomó el camino de la bifurcación izquierda. El perro se sintió decepcionado y se resistía a abandonar la hoguera. El hombre no conocía el frío. Posiblemente todas las generaciones de sus antepasados habían desconocido el frío, el verdadero frío, el frío de ciento siete grados bajo el punto de congelación. Pero el perro lo conocía, todos sus antepasados lo conocían, y él había heredado su sabiduría. Y sabía que no era bueno echarse al camino con tan espantoso frío. Era tiempo de yacer abrigado en un agujero en la nieve y esperar a que una cortina de nubes se corriera sobre la faz del espacio exterior de donde procedía semejante frío. Por otra parte, no existía ninguna intimidad penetrante entre el perro y el hombre. Uno era sirviente del otro, y la única caricia que jamás recibió fue la del látigo y unos sonidos guturales, amenazantes y duros, que precedían al látigo. Por tanto, el perro no se esforzó

por transmitirle al hombre su temor. No le preocupaba la suerte del hombre; era por su propio bien por lo que deseaba volver junto a la hoguera. Pero el hombre silbó y le habló con los sonidos del látigo, y el perro se pegó a sus talones y le siguió detrás.

El hombre tomó una nueva porción de tabaco y empezó una nueva barba de ámbar. Su aliento húmedo le salpicó de blanco velozmente, bigote, cejas y pestañas. No parecía haber tantos manantiales en la bifurcación izquierda del Henderson, y durante media hora el hombre no vio señal de ninguno. Entonces ocurrió. En un lugar donde no había señales, donde la nieve, suave e intacta, parecía indicar solidez debajo, el hombre la atravesó. No era profunda. Se mojó hasta media rodilla antes de lograr pisar hielo firme.

Se irritó y maldijo su suerte en voz alta. Había esperado llegar al campamento con sus compañeros a las seis, y esto le retrasaría una hora, pues tendría que hacer una hoguera y secar su calzado. Era imprescindible a temperaturas tan bajas: eso lo sabía. Se volvió hacia la orilla y la escaló. En la cima, enredados en unos matorrales alrededor de los troncos de varios arbolillos, encontró depósitos de leña seca, llevada allí por las aguas altas, principalmente palos y ramitas, pero también ramas endurecidas y hierba fina y seca del año anterior. Echó algunas piezas grandes sobre la nieve. Servirían de base y evitarían que la joven llama se ahogara en la nieve que se derritiera. Consiguió la llama frotando una cerilla contra un pequeño jirón de corteza de abedul que sacó del bolsillo. Esto ardía aún mejor que el papel. Colocándolo sobre la base, alimentó las llamas con briznas de hierba seca y con las ramitas secas más pequeñas.

Trabajó lenta y cuidadosamente, muy consciente del peligro. Poco a poco, conforme se fortalecían las llamas, aumentó el tamaño de las ramitas con que las alimentaba. Estaba agachado en la nieve, arrancando las ramitas de entre los matorrales y alimentando directamente la llama. Sabía que no debía fracasar. Cuando la temperatura está a setenta y cinco grados bajo cero, un hombre no puede fracasar en su primer intento de hacer una hoguera, o sea, si sus pies están mojados. Si sus pies están secos y fracasa, puede correr por el camino media milla y restablecer la circulación. Pero la circulación de pies mojados y helados no se puede restablecer corriendo a setenta y cinco grados bajo cero. No importa lo deprisa que se corra, los pies mojados se hielan cada vez más.

Todo esto lo sabía el hombre. El viejo de Sulphur Creek le había hablado de ello el otoño anterior, y ahora agradecía sus consejos. Había desaparecido ya toda sensación de sus pies. Para hacer la hoguera se había visto obligado a quitarse las manoplas, y sus dedos se habían entumecido lentamente. Su marcha de cuatro millas por hora había mantenido el bombeo del corazón, que mandaba sangre a la superficie del cuerpo y a todas las extremidades. Pero en el momento en que se detuvo, el bombeo había decrecido. El frío exterior castigaba a la punta inerte del planeta, y él, por encontrarse en esa zona inerte, recibió el golpe de lleno. La sangre del cuerpo retrocedió ante el frío. La sangre estaba viva, como el perro, y, como éste, quería esconderse y resguardarse del terrible frío. Mientras estuvo andando a cuatro millas por hora, bombeó esta sangre de buena gana a la superficie; pero ahora bajaba y se hundía en las entrañas de su cuerpo. Las extremidades fueron las primeras en sentir su ausencia. Los pies mojados se helaban cada vez más, y sus dedos desabrigados se entumecían con rapidez, aunque no habían comenzado a helarse. La nariz y las mejillas ya habían empezado a congelarse, mientras que toda la piel se enfriaba al tiempo que la sangre retrocedía.

Pero estaba salvado. Los dedos de los pies, la nariz y las mejillas sólo estarían ligeramente heladas, pues el fuego empezaba a arder con fuerza. Lo alimentaba con ramitas del tamaño de un dedo. En un minuto más podría alimentarlo con ramas del tamaño de la muñeca, y entonces se quitaría su calzado mojado, y, mientras se secaba, se calentaría los pies desnudos en la hoguera, por supuesto, frotándolos al principio con hielo. La hoguera era un éxito. Estaba salvado. Recordó el consejo del viejo del Sulphur Creek y sonrió. El viejo se había puesto muy serio al anunciar la ley de que ningún hombre

debe viajar solo en el Klondike a temperaturas menores de cincuenta bajo cero. Bien, aquí estaba él, había tenido el accidente, se encontraba solo; y se había salvado. Pensó que algunos de aquellos viejos eran un poco como mujeres. Lo único que un hombre debe hacer es mantener la cabeza en su sitio y todo irá bien. Cualquiera hombre que lo fuera podría viajar solo. Pero era sorprendente la rapidez con que sus mejillas y nariz se helaban. No podía imaginar que sus dedos perdieran la sensación en tan poco tiempo. Y sin sensación estaban, pues casi no los podía juntar para coger una ramita, y parecían ajenos a su cuerpo y a él mismo. Al tocar una rama, tenía que mirar para ver si la había cogido o no. Los hilos que unían los dedos a su cuerpo estaban retraídos.

Todo esto importaba poco. Ahí estaba la hoguera, chisporroteando y crujiendo, prometiendo la vida en cada llama. Intentó desatarse los mocasines. Se encontraban cubiertos de hielo; los gruesos calcetines alemanes eran como planchas de hierro hasta media rodilla; y los cordones de los mocasines parecían barras de acero, enredadas y anudadas como por una confabulación. Por un momento tiró con sus dedos entumecidos, y luego, viendo la inutilidad del esfuerzo, sacó su cuchillo de monte.

Pero, antes de que pudiera cortar los cordones, ocurrió. Fue culpa suya, o más bien un error suyo. No debió hacer la hoguera bajo el árbol. La debió hacer en un claro. Pero había sido más fácil tirar de las ramitas del matorral y dejarlas caer directamente al fuego. El árbol bajo el cual había hecho esto sostenía una carga de nieve en sus ramas. El viento no había soplado durante semanas, y cada rama estaba cargada por completo. Cada vez que había tirado de una ramita le había transmitido el árbol una leve agitación —una agitación imperceptible, por lo que a él le concernía, pero una agitación suficiente para ocasionar el desastre. En la copa del árbol una rama había dejado caer su carga de nieve. Ésta había caído a las ramas de abajo, volcándolas. Este proceso continuó, y se extendió, implicando a todo el árbol. Creció como una avalancha y descendió sin previo aviso sobre el hombre y la hoguera, ¡y el fuego se apagó! Donde hubo fuego, se encontraba ahora una capa de nieve fresca y desordenada.

El hombre estaba conmocionado. Fue como si acabara de escuchar su sentencia de muerte. Por un momento se sentó y fijó los ojos en el lugar donde había estado la hoguera. Entonces se calmó. Quizás el viejo de Sulphur Creek tenía razón. Si hubiera tenido un compañero de viaje podía hacer la hoguera. Bueno, dependía de él hacer una nueva

hoguera, y en este segundo intento no debía cometer ningún error. Aunque lo consiguiera, lo más probable es que perdiera algunos dedos. Sus pies debían estar muy congelados para entonces, y pasaría algún tiempo antes de que la segunda hoguera estuviera lista.

Tales eran sus pensamientos, pero no se detuvo a meditarlos. Estaba ocupado durante todo el tiempo en que pasaban por su mente. Hizo una nueva base para la hoguera, esta vez en un claro, donde ningún árbol traidor la pudiera apagar. A continuación reunió hierbas secas y pequeñas ramitas del depósito de aguas altas. No podía unir los dedos para sacarlas, pero las pudo reunir a manos llenas. De esta manera cogió muchas ramas podridas y trozos de musgo verde no deseado, pero era lo mejor que podía hacer. Trabajó metódicamente. Hasta reunió un montón de ramas más grandes para utilizarlas más tarde, cuando el fuego ardiera con más fuerza. Mientras tanto el perro permanecía sentado y expectante, con cierto anhelo melancólico en sus ojos, pues le consideraba proveedor de fuego, y el fuego tardaba en llegar.

Cuando todo estuvo preparado, el hombre buscó en sus bolsillos un segundo trozo de corteza de abedul. Sabía que la corteza estaba ahí, y aunque no la podía sentir con sus dedos, podía escuchar el crujido mientras revolvía torpemente con ellos. Por más que se esforzase, no la podía coger. Durante todo este tiempo era plenamente consciente de que a cada instante se le helaban los pies. Este pensamiento le inducía al pánico, pero luchó contra él y mantuvo la calma. Se puso las manoplas con los dientes y movió los brazos

hacia los lados, golpeando las manos con todas sus fuerzas contra sus costados. Esto lo realizó sentado. Luego se levantó, y, durante todo este tiempo, el perro permaneció sentado en la nieve, con su cola de lobo, igual que un cepillo, enroscada para darse calor entre las patas delanteras, y sus afiladas orejas de lobo aguzadas atentamente hacia delante, mientras observaba al hombre. Y el hombre, mientras golpeaba y sacudía sus brazos y manos, sintió una gran oleada de envidia al contemplar a la criatura, caliente y segura en su abrigo natural.

Después de algún tiempo sintió las primeras y lejanas señales de sensación en sus dedos golpeados. El leve cosquilleo fue haciéndose más fuerte, hasta convertirse en un dolor punzante y atroz, pero al que el hombre recibió con satisfacción. Se quitó la manopla de la mano derecha y sacó la corteza de sauce. Los dedos sin protección se estaban entumeciendo de nuevo rápidamente. A continuación sacó el puñado de cerillas de azufre. Pero el tremendo frío ya se había llevado toda la vida de los dedos. En su esfuerzo por aislar una de las cerillas, todo el puñado cayó a la nieve. Intentó coger una de la nieve, pero fracasó. Sus dedos muertos no podían tocar ni asir. Fue muy cuidadoso. Ahuyentó de su mente el pensamiento de sus helados pies, nariz y mejillas consagrando toda su energía a las cerillas. Observó, utilizando la vista, en lugar del tacto, y, cuando vio sus dedos a cada lado del puñado, los cerró, mejor, intentó cerrarlos, pues los dedos no obedecían al estar cortada la comunicación. Se puso la manopla sobre la mano derecha y la golpeó fieramente contra la rodilla. Entonces, con ambas manos, enfundadas, recogió apresuradamente el puñado de cerillas, junto con mucha nieve, en su regazo. A pesar de todo no estaba en mejor situación que antes.

Tras alguna manipulación consiguió colocar el puñado entre las palmas de sus manos enguantadas. De este modo se lo llevó a la boca. El hielo crujió y saltó, cuando, con un violento esfuerzo, abrió la boca. Entró la mandíbula inferior, frunció el labio superior para que no molestara, y frotó el puñado contra sus dientes superiores para separar una cerilla. Consiguió coger una que depositó en su regazo. A pesar de todo no estaba en mejor situación que antes. No podía asirla. Entonces ideó una forma. La sujetó con los dientes y la frotó contra la pierna. La tuvo que raspar veinte veces antes de conseguir encenderla. Mientras ardía la acercó con los dientes a la corteza del abedul. Pero el azufre ardiente

subió por la nariz hasta los pulmones, haciéndole toser espasmódicamente. La cerilla cayó a la nieve y se apagó.

El viejo de Sulphur Creek tenía razón, pensó en el momento de desesperación controlada que siguió al incidente: a más de cincuenta bajo cero, un hombre debe viajar con un compañero. Golpeó sus manos, pero no consiguió provocar ninguna sensación. De pronto desnudó las dos manos, quitándose las manoplas con los dientes. Cogió el puñado entero entre las palmas de las manos. Los músculos de sus brazos, al no estar helados, le permitieron apretar con fuerza las manos contra las cerillas. Frotó el puñado contra su pierna. Estalló en llamas, ¡setenta cerillas de azufre a la vez! No había viento para apagarlas. Ladeó la cabeza para evitar los asfixiantes humos y acercó el puñado ardiendo a la corteza de abedul. Al sujetarlo así notó sensación en la mano. Su carne se estaba quemando. La podía oler. Lo podía sentir profundamente bajo la superficie. La sensación se convirtió en un dolor agudo. Y aún lo soportó, sujetando torpemente la llama de las cerillas cerca de la corteza, que no se encendía, porque sus propias manos abrasadas se lo impedían, absorbiendo la mayor parte de la llama.

Por fin, cuando ya no lo pudo soportar más, separó bruscamente las manos. Las cerillas encendidas cayeron chisporroteando en la nieve. Pero la corteza de sauce ardía. Comenzó a colocar hierbas secas y las ramitas más pequeñas sobre la llama. No podía escoger las más convenientes, pues tenía que levantar el combustible entre las palmas de las manos. Pequeños trozos de madera podridos y musgo verde colgaban de las ramitas, y las separó lo mejor que pudo con sus dientes. Abrigó la llama con cuidado y torpeza. Representaba la vida y no debía perecer. La retirada de la sangre de la superficie de su

cuerpo le hizo temblar, y se volvió aún más torpe. Un gran trozo de musgo verde cayó de lleno sobre la pequeña hoguera. Intentó sacarlo con sus dedos, pero su cuerpo tembloroso le impidió acertar el núcleo de fuego, desbarató dispersando la hierba y las ramitas encendidas. Intentó juntarlas de nuevo,

La imagen del perro le trajo una idea descabellada. Recordó la historia de un hombre, atrapado en la tormenta, que mató un novillo y se metió dentro del cadáver, salvándose así. Mataría al perro e introduciría las manos en su cuerpo caliente hasta que desapareciera el entumecimiento. Entonces podía hacer otra hoguera. Le habló al perro, llamándole; pero en su voz había una extraña nota de temor que asustó al animal, que nunca le había oído hablar así. Algo pasaba, y su naturaleza desconfiada intuyó el peligro. No sabía qué peligro, pero algo, en alguna parte de su mente, despertó el recelo hacia el hombre. Aplastó sus orejas al sonido de la voz del hombre, y sus movimientos inquietos y encorvados y el cambio de peso sobre sus patas delanteras se tornaron más pronunciados; pero no se acercó al hombre. Este se apoyó en sus manos y rodillas y se arrastró hacia el perro. Esta postura desacostumbrada levantó de nuevo sospechas y el perro huyó con pasos cortos.

El hombre se sentó en la nieve por un momento y luchó por calmarse. Se colocó las manoplas ayudándose con los dientes y se irguió sobre sus pies. Primero miró hacia abajo para asegurarse de que realmente estaba en pie, pues la insensibilidad de los pies le dejaba desligado de la tierra. La posición erecta empezó a disipar las dudas de la mente del perro; y cuando habló con autoridad, con el sonido del látigo en su voz, el perro tornó a su servilismo acostumbrado y fue hacia él. Al llegar al alcance de su brazo, el hombre perdió el control. Sus brazos se extendieron hacia él y experimentó una auténtica sorpresa, al descubrir que sus manos no podían asir, que no existía ni movimiento ni sensación en los dedos. Se había olvidado por el momento de que estaban heladas y que se helaban cada vez más. Todo esto ocurrió con tanta velocidad, que, antes de que el animal pudiera escapar, le rodeó el cuerpo con sus brazos. Se sentó en la nieve y de este modo sujetó al perro, mientras gruñía, gemía y luchaba.

Pero era lo único que podía hacer, sujetar su cuerpo rodeado con los brazos y permanecer allí sentado. Se dio cuenta de que no podía matar al perro. No había forma de hacerlo. Con las manos inutilizadas no podía sacar ni empuñar su cuchillo de monte, ni asfixiar al animal. Lo soltó y huyó alocadamente, con el rabo entre las piernas y aún gruñendo. Se

detuvo a cuarenta pies de distancia y lo observó curiosamente, con las orejas aguzadas hacia adelante.

El hombre bajó la vista hacia las manos para localizarlas, y las encontró colgando de los extremos de sus brazos. Le pareció curioso tener que utilizar los ojos para averiguar dónde tenía las manos. Empezó a sacudir los brazos hacia los lados. Hizo esto durante cinco minutos, con violencia, y su corazón bombeó sangre suficiente a la superficie del cuerpo para poner término a sus temblores. Pero no le despertó sensación alguna en las manos. Tenía la impresión de que colgaban como pesas en los extremos de los brazos, pero, cuando intentó localizar la impresión, no la pudo encontrar.

Le sobrevino un temor sordo y opresivo de muerte. Este temor se acentuó velozmente al darse cuenta de que ya no era simplemente cuestión de perder los dedos o de perder las manos y los pies, sino cuestión de vida o muerte, con la suerte contra él. Esto le produjo pánico, y se volvió y echó a correr por el lecho del arroyo a lo largo del

pero a pesar de la suavidad con que lo intentó, sus temblores le traicionaron, y las ramitas se dispersaron irremisiblemente. Cada ramita elevó un soplo de humo y se apagó. El proveedor de fuego había fracasado. Mientras miraba apático a su alrededor, sus ojos se detuvieron en el perro, sentado al otro lado de los restos de la hoguera, en la nieve, haciendo movimientos inquietos y encorvados, elevando ligeramente una pata delante y luego otra, cambiando el peso de delante atrás con avidez anhelante.

viejo y apenas visible camino. El perro se unió a él y le siguió detrás. Corría ciegamente, sin meta, con un miedo que no había conocido en toda su vida. Lentamente, mientras surcaba y daba traspies a través de la nieve, empezó a ver las cosas de nuevo: la orilla del arroyo, los viejos depósitos de ramas, los álamos desnudos y el cielo. Correr le hizo sentirse mejor. No temblaba. Quizá, si seguía corriendo, sus pies se descongelaran; y de todos modos, si corría bastante, alcanzaría el campamento y a los compañeros. Perdería sin duda algunos dedos y alguna parte de la cara, pero ellos le cuidarían y salvarían el resto cuando llegara. Al mismo tiempo había otro pensamiento en su mente, que le decía que nunca llegaría al campamento con los muchachos, que estaba demasiado lejos, que la congelación estaba demasiado avanzada, y que pronto estaría rígido y muerto. Este pensamiento lo apartó de su mente y se negó a considerarlo. A veces pugnaba por hacerse oír, pero lo desechaba y se esforzaba por pensar en otras cosas.

Se le ocurrió que era curioso poder correr con pies tan helados, que no podía sentir cuando tocaban el suelo y cargaban el peso de su cuerpo. Le parecía que se deslizaba sobre la superficie sin conexión con la tierra. Había visto una vez a un Mercurio alado, y se preguntó si Mercurio sentiría lo mismo, cuando se deslizaba sobre la tierra.

Su teoría de correr hasta alcanzar el campamento tenía un fallo; carecía de la resistencia necesaria. Varias veces tropezó, y finalmente vaciló, se desplomó y cayó. Cuando intentó levantarse, no lo consiguió. Decidió que debía sentarse y descansar, y, luego, sencillamente andaría y seguiría hacia adelante. Mientras se sentaba y recobraba el aliento notó que se encontraba bastante caliente y cómodo. No tiritaba, y parecía que un calor había entrado en su pecho y tronco. Y, sin embargo, cuando tocaba la nariz o la mejilla no experimentaba sensación alguna. Corriendo no se le iban a descongelar. Ni se le descongelarían las manos ni los pies. Entonces se le ocurrió pensar que las porciones heladas de su cuerpo debían estar ganando terreno. Intentó mantener oculto este pensamiento, olvidarlo, pensar en otra cosa; se daba cuenta del sentimiento de pánico que le producía, y temía el pánico. Pero el pensamiento se sostuvo, persistió hasta que le produjo la visión de su cuerpo completamente helado. No pudo soportarlo y de nuevo corrió alocadamente por el camino. Una vez desaceleró hasta llegar solo a caminar, pero la idea del hielo extendiéndose cada vez más le hizo apresurarse de nuevo.

Durante todo este tiempo el perro corría junto a él, pegado a sus talones. Cuando el hombre cayó por segunda vez, enroscó su rabo en sus patas delanteras y se sentó ante él, de frente, curiosamente ávido y atento. El calor y la seguridad del animal lo enojaban, y lo maldijo hasta que agachó las orejas pacíficamente. Esta vez el temblor invadió al hombre con mayor fuerza. Estaba perdiendo la batalla contra el frío. Atacaba a su cuerpo por todos lados. La idea le hizo correr de nuevo, pero no por más de un centenar de pies, cuando tropezó y cayó de bruces. Fue su último sentimiento de pánico. Cuando recobró el aliento y se controló, se sentó y entretuvo su mente con la idea de enfrentarse a la muerte con dignidad. La idea, sin embargo, no se le presentó en esos términos. Pensó que había estado corriendo como una gallina decapitada. Ese era el símil que se le ocurrió. De todos modos se iba a helar, y lo menos que podía hacer era tomarlo con paciencia. Con esta nueva paz de espíritu vino el primer síntoma de sopor. Era una buena idea, pensó, morir durante el sueño. Era como tomar un anestésico. Congelarse no era tan malo como pensaba la gente. Existían peores formas de morir.

Se imaginó a los muchachos encontrando su cuerpo al día siguiente. De repente se vio junto a ellos, avanzando por el camino, buscando su propio cuerpo. Y, aún junto a ellos, surgía de una revuelta del camino y se encontró a sí mismo tumbado en la nieve. Ya no era parte de sí mismo, pues estaba fuera de su cuerpo, junto a los muchachos y viéndose a sí mismo en la nieve. Sí, hacía frío, pensó. Cuando volviera a Estados Unidos, le contaría a la gente lo que es el verdadero frío. De esto pasó a una imagen del viejo de Sulphur Creek. Lo podía ver con claridad, caliente y cómodo, fumándose una pipa.

Tenías razón, viejo zorro; tenías razón —le murmuró el hombre al viejo de Sulphur Creek.

El hombre se hundió en el sueño más cómodo y satisfactorio que jamás conoció. El perro estaba sentado frente a él, esperando. El corto día culminó con un lento y prolongado crepúsculo. No había señales de que se preparase una hoguera, y además, nunca había conocido el perro a un hombre que se sentara así en la nieve, sin hacer una hoguera. Mientras el crepúsculo avanzaba, le fue dominando el ávido anhelo de una hoguera, y con una gran agitación de sus patas delanteras gimió suavemente, agachó las orejas, anticipándose al castigo del hombre. Pero el hombre seguía en silencio. Más tarde el perro gimió más fuerte. Y aún más tarde se acercó al hombre y olfateó la muerte. Esto le hizo erizarse y retroceder. Esperó un poco más, aullando bajo las estrellas que brincaban, danzaban y brillaban en el cielo gélido. Entonces se volvió, tomó al trote el camino del campamento, que conocía, donde esperaban otros proveedores de comida y de hogueras.